

Los movimientos islamistas en la Posguerra Fría. Una aproximación sociopolítica*

Islamic movements in the post Cold-War era. A sociopolitical approach

César Mejías

Resumen

El presente papel de trabajo tiene por objeto central analizar el fenómeno de los movimientos islamistas en el período de la Posguerra Fría, indicando para ello los antecedentes históricos que le dan lugar, las causas del resurgimiento islámico, el impacto de la rivalidad irano-saudí en ellos, sus estrategias de acción en los distintos espacios a nivel global, los rasgos característicos fundamentales de los movimientos islámicos contemporáneos, así como el impacto de la culminación de la Guerra Fría en sus lógicas de acción, sus perspectivas y retos como actores en la escena global.

Palabras clave:

Movimientos islamistas; Islam; Posguerra Fría

Abstract

This work centers on analyzing the phenomenon of Islamic movements in the post Cold-War era, and thus presents its historical background, the causes of Islamic resurgence, the impact the reuppon of the Iranian-Saudi rivalry, its action strategies at different global levels, the fundamental characteristics of contemporary Islamic movements, as well as the impact of the end of the Cold War on its action logics, its perspectives and challenges as actors within the global scene.

Key words:

Islamic movements; Islam; post Cold-War era.

* El presente papel de trabajo se inscribe dentro de una investigación más amplia titulada "La geopolítica del Islamismo en el mundo contemporáneo", desarrollada en el Centro de Estudios del Mundo Islámico (CEMI).

Recibido: 12-06-03

Aceptado: 27-06-03

“Cuando el reflujo de la religión a la esfera privada parecía ya un hecho definitivo en el mundo moderno, la súbita expansión de grupos políticos que pretendían proclamar el Estado islámico (...) puso en entredicho muchas convicciones”.

Gilles Kepel

INTRODUCCIÓN

La culminación de la confrontación bipolar ha puesto de relieve nuevos temas en la agenda de seguridad global que copan las discusiones de académicos en todo el mundo. Asuntos como la globalización, el papel del Estado-nación en la actualidad, la agenda de los derechos humanos, el cambio climático global, los flujos migratorios, terrorismo, etc., por sólo mencionar algunos, pasan a ocupar la agenda central de debate en los asuntos globales. Una de esas preocupaciones, no menos importante, es la referida al estudio del mundo islámico y, más específicamente, la de los movimientos islámicos.

Los recientes ataques a las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono, el 11 de septiembre de 2001, adjudicados a la red Al Qaeda, han conducido a algunos analistas a establecer una suerte de mapa o red global del terror integrada por cientos de organizaciones islamistas que operan en el mundo. Incluso, algunos más radicales hablaron de una inminente confrontación de Occidente con el mundo islámico. Lo cierto es que, para bien o para mal de estas organizaciones, se ha puesto de relieve su importancia e impacto como actores relevantes en el mundo actual.

La presente investigación se inscribe dentro de una línea de análisis no convencional en las relaciones internacionales, que tiende a considerar actores y procesos paralelos a las dinámicas interestatales, cuya relevancia se ve potenciada en la actualidad. Nuestra intención al abordar el fenómeno de los movimientos islamistas no pretende hacer otra cosa sino resaltar —a grandes líneas— su importancia como actores políticos en la escena global,¹ destacando la “heterogeneidad” de tal

¹ Cabe destacar que cuando afirmamos que los movimientos islamistas constituyen actores políticos relevantes en la escena global, partimos para ello de una visión distinta a las explicaciones clásicas del “paradigma realista” (Estado-céntrico) en las relaciones internacionales, a saber, aquellas que consideran que los estados son los únicos actores a considerar en el sistema internacional, pues detenta el ejercicio de la violencia legítima. Para ello, partimos de la tesis conforme a la cual, si bien los estados constituyen un actor relevante en la escena internacional contemporánea, también lo constituyen otros actores cuyas lógicas de acción no están determinadas exclusivamente por las lógicas del Estado-nación, entre las que destacan: corporaciones transnacionales, las ONG y grupos sociales transnacionales, del cual forman parte las organizaciones islamistas, todo ello característico de un mundo policéntrico. Para una mayor caracterización de los paradigmas de las relaciones internacionales y la transición del Estado-centrismo al poli o multicentrismo, véanse, respectivamente, Del Arenal (1994), así como Rosenau, y Durfe (s/f).

fenómeno, los factores que contribuyen al surgimiento de organizaciones islamistas, el impacto de la revolución iraní en éstos, las estrategias de acción de estos actores en los distintos espacios donde operan, así como sus perspectivas y retos como actores en la actualidad.

De Chechenia a la India y de Argelia a Filipinas observamos un sinnúmero de organizaciones (calificadas por algunos de terroristas) de carácter político-religioso y social que tienden a articular diversas estrategias –sean éstas locales, nacionales, e incluso transnacionales– para la consecución de sus objetivos. Organizaciones como el FIS (Frente Islámico de Salvación), Hamas, Yihad Islámica, los Hermanos Musulmanes, Hezbollah, Frente Moro de Liberación, Abbu Sayyaf, entre otras, integran una larga lista de organizaciones que operan en el mundo islámico –y en algunos casos más allá– que tienden a cobrar relevancia como actores políticos en la escena actual. Pero ¿cuál es el rasgo distintivo de estos fenómenos sociopolíticos en comparación con otros que operan en el mundo contemporáneo?

La respuesta a esta pregunta la encontramos en la lectura política de los textos sagrados del Islam y su uso como fuentes de identidad y proyecto político o paradigma en un contexto en que las barreras del Estado-nación se vuelven porosas (más de lo que han sido en el mundo islámico) y en donde el impacto de los procesos de globalización y modernización como expresión de ésta, han mostrado su peor rostro para el mundo islámico.

Sociedades caracterizadas por regímenes opulentos, en concomitancia con una elevada polarización social, elevados niveles de natalidad y una galopante pobreza, encuentran en el Islam, de una parte, una suerte de mecanismo de protección identitaria frente a los traumatizantes procesos de occidentalización² y, de la otra, un proyecto societal alternativo en virtud del fracaso de anteriores proyectos (sean éstos de corte nacionalista, panarabista, capitalista, socialista, etc.).³

² Uno de los autores que hace un análisis sobre los fenómenos del resurgimiento del nacionalismo y el fundamentalismo es H.F. Mansilla, quien señala que: “Los fenómenos contemporáneos del fundamentalismo, nacionalismo y nativismo surgen como una respuesta creíble y ampliamente aceptada al dilema conformado por los procesos traumatizantes de aculturación y por una identidad colectiva amenazada y, al mismo tiempo, atraída por la civilización norte. El nacionalismo posee en el fondo la función de una ideología anticolonialista de la modernización... El componente ideológico nacionalista sirve evidentemente de cortina de humo, pero también como un mecanismo proveniente de las capas profundas que la tradición que apuntala un sentimiento de identidad colectiva que está en peligro” (2000:161).

³ Tal como señala Escribano, “El resurgir islámico generalizado al que estamos asistiendo es, esencialmente, un despertar que se efectúa por medio de una lectura política de los textos sagrados del islam, más que una renovación religiosa propiamente dicha, y que se erige como la última ideología del siglo XX. Se trata, ante todo, de una reacción contra el anómalo proceso de modernización y occidentalización de las sociedades musulmanas contemporáneas, proceso al que éstas atribuyen todos sus males: desde las desigualdades sociales al despotismo, y desde la pobreza endémica a la corrupción generalizada” (2001:9).

Es precisamente a partir del uso del islam como fuente de identidad y como posible proyecto político de transformación societal por algunas agrupaciones, donde encontramos el rasgo distintivo de los *movimientos islamistas* contemporáneos, en oposición a los calificativos de *integrista* y *fundamentalista* que hacen de éstos fenómenos sociopolíticos.⁴

FACTORES QUE INCIDEN EN EL RESURGIR DE LOS MOVIMIENTOS ISLÁMICOS CONTEMPORÁNEOS

Delinear los elementos que potencian la emergencia de movimientos islámicos implica rastrear los factores que condicionan el nacimiento de cientos de organizaciones islamistas que operan alrededor del mundo, lo que nos conduciría a un estudio exhaustivo de cada organización islamista, para lo cual no disponemos del suficiente espacio; sin embargo, para efectos del presente papel de trabajo, nos limitaremos a delinear algunos factores generales que inciden en la configuración de estos movimientos en la actualidad.

Cabe destacar que las explicaciones del fenómeno de movimientos islamistas, según cada autor, son de lo más diversas, encontrándonos desde las explicaciones estrictamente economicistas que ven en tales fenómenos una expresión de resistencia del Tercer Mundo frente el gran capital (Tschirgi, 2001), pasando por aquellas tesis que ven en ellos una expresión genuina de la sociedad civil en el mundo islámico y su posible incidencia en la democratización de las sociedades islámicas (Kristianasen, 2000), hasta llegar a aquellas tesis que sostienen que los movimientos islamistas no constituyen otra cosa sino la expresión de unos fanáticos religiosos

⁴ En tal sentido, Escribano hace una clara distinción entre fundamentalismo, integrismo e islamismo. Refiriéndose al primero señala que “Alude en general, a todos aquellos que postulan un retorno a las creencias fundacionales y a los fundamentos de una religión cualquiera. En la adaptación que se ha hecho de este término al islam (fundamentalismo islámico) se entiende la religión petrificada del Corán, convertida en ideología, ideologización que quiere empujar a sus seguidores al establecimiento de un sistema sociopolítico semejante al instaurado en Medina por el profeta Mahoma” (p. 17). Con relación al segundo sostiene: “Es una palabra de origen francés que aparece en 1910, con motivo de la querrela entre católicos intransigentes y modernistas. Aplicada esta concepción al Islam, integristas son aquellas que realizan una lectura literal y rígida de los textos sagrados, y se declaran contrarios a cualquier interpretación o modernización de los mismos” (p. 17). Por último, en relación con el islamismo, señala: “Es el único término que hace referencia explícita al Islam y que no se deriva de definiciones anteriormente aplicadas al cristianismo. Se atribuye, sobre todo, a los musulmanes que no se limitan a pedir la vuelta a las prácticas piadosas, sino que, además, insisten en el contenido político y social de su credo. El principal rasgo definidor del islamismo es, por tanto, su activismo político, pues se concibe como un movimiento de politización ideológica de la religión que ofrece un proyecto global de transformación en todos los órdenes. En otras palabras, un islamista sería un fundamentalista, en tanto partidario de un retorno al texto coránico y a la tradición del profeta como fuentes de referencias morales, sociales y políticas del renacimiento de la era musulmana, pero que, además, lleva adelante un proyecto político que no necesariamente ha de ser incompatible con Occidente y la modernidad” (2001:17-18).

que utilizan la violencia y el terror en nombre de la religión para tomar y preservarse en el poder (Sarafian, 2001).

Reconociendo la heterogeneidad de apreciaciones que sobre el fenómeno de los movimientos islámicos se tiene, diremos que entre los factores (tanto exógenos como endógenos) que se configuran como relevantes, a los efectos de explicar el resurgir de los movimientos islamistas, caben destacar:

- El duro impacto de los procesos de modernización y occidentalización, que han intentado alejar a las poblaciones musulmanas de sus redes primarias de identidad, relacionadas con la etnia y la religión.
- El retiro del Estado de sus competencias en materia social en las sociedades islámicas en la década de los ochenta, tras los programas de ajuste económico implementados, lo que ha conducido a algunas organizaciones a sustituirle en muchas competencias de orden económico y social, que se traduce en muchos casos en la reislamización de las sociedades.
- El parcialismo de Occidente en su política exterior hacia algunos actores políticos regionales.
- La ausencia de democracia en la mayoría de los países de población mayoritariamente musulmana, lo que ha conducido a la creación de organizaciones que, utilizando las banderas del islam, se configuran como fuerzas de oposición y fuentes de cambio y proyecto de sociedad alternativo.
- La segregación y opresión a la que se ven sometidos cientos de musulmanes en diversas regiones del mundo.
- El carácter confesional de algunos regímenes políticos y la discriminación a la que se ven sometidos los musulmanes en algunas regiones del mundo. A tal efecto, es expresivo el caso libanés.
- La invasión foránea a algunos territorios donde reside población musulmana, lo que conduce a la emergencia de organizaciones que utilizando las banderas del islam pretenden restituir la soberanía sobre los territorios ocupados. A tal efecto, son expresivos los casos de Líbano, Afganistán y Palestina.
- La histórica aspiración de las poblaciones musulmanas en la construcción de la Ummah –la nación islámica– como unidad político-religiosa.

Pese a que las explicaciones sobre el fenómeno son numerosas, sin embargo, una de ellas es la que ha cobrado mayor fuerza tras los ataques del 11 de septiembre

de 2001. Es la del denominado “choque de civilizaciones”, propuesto por Samuel Huntington hace ya varios años. Pese a que no es la única explicación válida, consideramos útil, a los efectos del presente ensayo, exponer las tesis centrales de tal obra a objeto de demostrar que dicha tesis si bien explica algunos de los conflictos que se dirimen en la actualidad en algunas regiones del mundo en las que los factores de orden cultural son relevantes, no lo hace lo suficientemente para dar cuenta de los movimientos islamistas.

Al entender de este autor, la mayoría de los conflictos que se registran en el mundo en la actualidad son de naturaleza cultural-étnica-religiosa y están siendo protagonizados, en su mayoría, por parte de la población musulmana. Según este autor:

Sostengo la hipótesis que la fuente fundamental de conflicto en este nuevo ordenamiento mundial no va a ser en primera instancia ni ideológica ni económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente dominante de conflicto va a ser cultural. Las naciones-estado continuarán siendo los más poderosos actores de los asuntos mundiales, pero los principales conflictos de la política global ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de las civilizaciones dominará la política global. Las líneas geográficas de demarcación entre las civilizaciones serán las líneas de batallas del futuro (Huntington, 1993:5).

Dentro de las causas que el autor considera relevantes para explicar la confrontación de civilizaciones destaca:

- Primero: las diferencias entre las civilizaciones no son reales, son fundamentales. Las civilizaciones se diferencian entre sí por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y, sobre todo, por la religión.
- Segundo: el mundo se está convirtiendo en un lugar mucho más pequeño. La interacción entre pueblos pertenecientes a diferentes civilizaciones se ha incrementado y este aumento de las interacciones está, a su vez, intensificando la conciencia civilizacional y el conocimiento, tanto de las diferencias como de las cosas que se comparten al interior de las civilizaciones.
- Tercero: el proceso de modernización económica y cambio social en todo el mundo está separando a la gente de sus identidades locales tradicionales. También, ha debilitado la noción de Estado como una fuente de identidad. En gran parte del mundo, la religión se ha movido para llenar este vacío, con frecuencia bajo la forma de movimientos que se han denominado fundamentalistas.

- Cuarto: el crecimiento de la conciencia civilizacional es promovido por el rol ambivalente de Occidente. Por una parte, Occidente se encuentra en la cúspide de su poder, pero al mismo tiempo un fenómeno de retorno a las raíces está ocurriendo entre las civilizaciones no occidentales.
- Quinto: las diferencias y características culturales son menos intercambiables o modificables, por lo tanto, se pueden hacer menos compromisos sobre ella si se comparan con las de naturaleza económica o política.
- Por último, otra razón que explica el choque de las civilizaciones es el incremento del regionalismo a nivel económico (Huntington, 1993:7-8).

Pese a que las explicaciones de Huntington pudieran ser relevantes a los efectos de comprender la relevancia de factores de orden cultural implícitos en la mayoría de los conflictos que se dirimen en la actualidad, entre los que cuentan los denominados por éste como “conflictos de línea de fractura”,⁵ no nos dice nada sobre la emergencia de movimientos como los islamistas y su férrea oposición a los regímenes gobernantes, así como tampoco sobre las divisiones religiosas existentes al interior del mundo islámico y su incidencia en los movimientos islamistas.

Para otros autores como Lydia Escribano, existen otra serie de factores que nos ayudarían a explicar tal fenómeno, entre los que destacan:

- Factores sociológicos que a lo largo de la historia del islam, y al contrario que en Occidente, han hecho de la religión una vía privilegiada para expresar, tanto la identidad y la lealtad comunitaria como la oposición al orden establecido.
- La constitución de la comunidad de fieles (Ummah) como estructura político-religiosa. La pertenencia a ésta inspira los fundamentos históricos de la identidad musulmana y da al individuo el sentido de sí mismo.

⁵ Según Samuel Huntington (1997:302), “los conflictos de línea de fractura son conflictos colectivos entre estados o grupos de diferentes civilizaciones. Las guerras de línea de fractura son conflictos que han devenido en violentos. Tales guerras pueden darse entre estados, entre grupos no gubernamentales y entre estados y grupos no gubernamentales. Los conflictos de línea de fractura dentro de los estados pueden afectar a grupos predominantemente situados en zonas geográficamente distintas, en cuyo caso el grupo que no controla el gobierno normalmente lucha por la independencia y tal vez (o tal vez no) está dispuesto a conformarse con algo menos. Los conflictos de línea de fractura dentro de un Estado también pueden afectar a grupos geográficamente entremezclados, en cuyo caso las relaciones siempre tensas estallan de forma violenta de vez en cuando (...); o puede darse una lucha en gran escala, particularmente cuando se está determinando nuevos estados y sus fronteras, lucha que puede acabar en intentos de separar a unos pueblos de otros por la fuerza”. Para mayor detalle sobre la lógica de tales conflictos, véanse en Huntington, capítulo 10: “De las guerras de transición a las guerras de línea de fractura” (pp. 295-318) y capítulo II: “El dinamismo de las guerras de línea de fractura” (pp. 319-357).

- El carácter triunfante, dominador y de progreso que ha marcado al islam desde su nacimiento. El auge del pasado islámico ha pervivido en la memoria histórica, favoreciendo hoy los sentimientos de nostalgia por un pasado glorioso.
- Las frustraciones producidas por esa modernización y occidentalización superficiales y acaparadas por las élites, frustración que encuentra su caldo de cultivo en la explosión demográfica, el paro, el analfabetismo y la ausencia de cualquier proyecto fiable de sociedad, desarrollo y democracia.
- Una mentalidad de crisis y fracaso alimentadas por sucesos concretos, sobre todo con la creación del Estado de Israel y las posteriores guerras árabe- israelíes, que trajeron aparejadas una actitud de introspección en busca de una fortaleza y un norte.
- Incremento del sentimiento de odio y rechazo hacia Occidente entre las poblaciones pobres del mundo árabe y musulmán desde la Guerra del Golfo, por la manera en que las grandes potencias se unieron contra Irak para salvaguardar sus intereses. Durante el conflicto, muchos musulmanes se sintieron orgullosos del ataque de Saddam a Israel y de su desafío a Occidente. La guerra también despertó sentimientos de humillación y resentimiento por la masiva presencia militar norteamericana, sobre todo en Arabia Saudí, cuna de los santos lugares del islam.
- Los conflictos de Bosnia (1994) y Chechenia, este último todavía en plena eferescencia. La renuencia de Occidente a ayudar a las poblaciones musulmanas sometidas a procesos de limpieza étnica alimentó en muchos países árabes las sospechas de que el motivo oculto era la resistencia europea a consentir un Estado islámico dentro de su continente.
- El *boom* del petróleo en los años setenta que incrementó enormemente la riqueza y el poder de los países musulmanes productores.
- El agotamiento de las dos grandes utopías que han presidido el siglo XX: la comunista, por un lado, centrada en la edificación de una nueva sociedad de la cual estarían ausentes la explotación y las injusticias propias del orden capitalista, y la utopía de un mundo mejor, por otro, ligado al sistema de valores de las sociedades occidentales y capitalistas.
- Las desigualdades en las relaciones económicas internacionales, que han confinado a dichos países a la periferia del sistema capitalista, en medio de excesivas y escandalosas desigualdades sociales y de injusticias institucionalizadas (Escribano, 2001:14-16).

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LOS MOVIMIENTOS ISLAMISTAS

Ubicar histórica y geográficamente los orígenes de los movimientos islamistas es un proceso nada fácil, pues implica nada más y nada menos delinear claramente las fronteras geográficas del mundo islámico y remontarnos históricamente a los orígenes de cada una de las organizaciones que integran nuestra categoría de movimientos islamistas que, por razones espaciales, no disponemos para ubicarlas a cada una de éstas; sin embargo, reconociendo tales limitantes, y en un intento pedagógico de reconstrucción sociohistórica de tal fenómeno, diremos que los movimientos islamistas contemporáneos tienen sus antecedentes más inmediatos a comienzos del siglo XX (segunda década); sus espacios de acción se reducen inicialmente a lo que conocemos como Oriente medio y tienden a expandirse al norte de África, así como a las regiones de Asia Central y el Sudeste asiático, en conjunto con el incremento de la población musulmana. Inicialmente la mayoría de estas organizaciones surgen como organizaciones religiosas, transitando a organizaciones con fines políticos cuyas estrategias de acción se circunscriben a las condiciones de los espacios geográficos donde operan.

Al igual que su expansión geográfica, sus objetivos tienden a transformarse en el devenir del tiempo y según su espacio geográfico. Así, nos encontramos, en un primer grupo, organizaciones –como los Hermanos Musulmanes en Egipto– que a finales de los años veinte muestran una actitud anticolonialista, dada la ocupación por potencias extranjeras –como Francia y Gran Bretaña– de algunos territorios del mundo islámico. Un segundo grupo constituido por organizaciones que ven en el experimento del Estado-nación un rotundo fracaso en regiones como Oriente medio a mediados de la década de los setenta, optando por la resistencia a los gobiernos (caracterizados por su corrupción y la instauración de proyectos ideológicos ajenos a la región) y engrosando las principales fuerzas de oposición en los países donde residen –ejemplo de ello lo constituye el FIS en Argelia y los Hermanos Musulmanes en Egipto. Un tercer grupo lo constituyen aquellas organizaciones que sin desconocer las estructuras de poder y el andamiaje institucional del Estado, intentan incorporarse por la vía parlamentaria en la estructura de poder con un proyecto político de corte islámico –tal es el caso de los Hermanos Musulmanes en el Reino Hachemita de Jordania y el Partido Refat en Turquía. Un cuarto grupo, conformado por aquellas agrupaciones que en su condición de minorías étnico-religiosas y dada la segregación a que se ven sometidos sus pobladores optan por la secesión y separatismo como única salida política –tal y como se refleja en los casos de los chechenos en las ex repúblicas soviéticas, los sijs en territorio de la India, así como los musulmanes filipinos, etc. Un quinto grupo, el cual está compuesto por aquellas agrupaciones que dada la invasión foránea, o dada su condición de refugiado o desplazado, opta por la resistencia con la intención, bien sea de

expulsar al invasor o de consolidar su territorio; tal es el caso de los Muyahidin afganos, Hezbollah en el Líbano y los Grupos Hamas y Yihad Islámica en los territorios ocupados palestinos. Un sexto grupo, constituido por aquellas organizaciones que dada su exclusión del sistema político y de acceso al poder, optan por la vía armada como mecanismo de resistencia –tal es el caso del FIS y el GIA en Argelia, los Hermanos Musulmanes en Egipto. Por último, encontramos agrupaciones que logran hacerse del poder por vías institucionales y pretenden llevar a cabo un proyecto de corte islámico –tal es el caso del arribo del partido Refat en Turquía en su condición de mayoría parlamentaria (1997) y, más recientemente, el partido Fazileh tras las elecciones en diciembre de 2002–, así como también por aquellos que arriban al poder por vías no institucionales –el arribo de Jomeini en Irán (1979), arribo de Hassan Al Turabi en Sudán tras un golpe de Estado (1989), así como el caso de los talibán en Afganistán (1996).

Pese a que la primera experiencia de los movimientos islamistas los podemos rastrear a principios del siglo XX –con la experiencia de los Hermanos Musulmanes en Egipto–, sin embargo, el mayor activismo y emergencia de nuevas organizaciones islamistas lo encontramos en la década de los ochenta. La emergencia de Hezbollah en Líbano en 1982, los Muyahidin afganos en 1981, Hamas y Yihad Islámica en los Territorios Ocupados Palestinos en 1987, Frente Islámico de Salvación en Argelia en 1989, los talibán en Afganistán, 1994, etc., denotan una mayor efervescencia de estas agrupaciones en la década de los ochenta. ¿Por qué una mayor efervescencia de estas agrupaciones en los ochenta?

LA RIVALIDAD IRANO-SAUDÍ Y SU INCIDENCIA EN LOS MOVIMIENTOS ISLAMISTAS

Uno de los acontecimientos más relevantes en la historia del mundo islámico contemporáneo es el referido a la Revolución Islámica en Irán de 1979. Pese a la especificidad chiíta de ésta, la revolución iraní significó para el conjunto del mundo islámico la posibilidad de implementar un paradigma político de corte islámico como salida a la delicada situación de las poblaciones musulmanas de cualquier parte del mundo. Pese a los intentos de regímenes del Golfo –como Arabia Saudí– en subestimar el impacto de tal fenómeno en el mundo islámico –destacando su carácter chiíta minoritario en el mundo islámico–, ésta logró erigirse como un hito y fuente de inspiración para muchos musulmanes oprimidos en cualquier rincón del mundo.⁶

⁶ Para una mayor referencia al impacto de la Revolución Iraní en el mundo islámico, véase en Képel. *La Yihad, expansión y declive del islamismo*, el capítulo referido a “La onda expansiva de la Revolución Iraní” (2001:173-204).

La primera consecuencia del experimento iraní fue la posibilidad de exportar un modelo político-religioso que pusiera en cuestionamiento a los propios regímenes monárquicos del Golfo –en especial a la hegemonía de Arabia Saudita–, y desestabilizaran al conjunto regional, con el apoyo a los movimientos islamistas en condición de oposición o perseguidos en cualquier región del mundo. Tal como señala Muhajeri:

La República Islámica Iraní ayudó efectivamente a los movimientos de liberación del mundo, en especial a los movimientos islámicos como a la OLP, a los movimientos islámicos de Afganistán que luchan contra la agresión de la URSS, al Frente Moro de Liberación del Sur de Filipinas, al frente de liberación de fatani y a otros luchadores musulmanes contra regímenes que los oprimen y son aliados del Este y del Oeste (Muhajeri, 1984:121).

Arabia Saudí, por su parte, ante estos intentos de Teherán en desplazar el centro de atención de la tan pretendida Ummah –Nación Islámica–, articularía una política exterior orientada a la contención del modelo iraní y a la expansión del wahhabismo Saudí⁷ en oposición al chiísmo,⁸ apoyando para ello a los movimientos islámicos que comenzaban a emerger en Oriente medio, Asia central y en la Unión Soviética, aprovechando para ello el gran ingente de dólares que entraban a las arcas de Ryad, producto de la crisis petrolera de 1973 y el consecuente incremento de los precios del petróleo.⁹

En lo que al resurgir islámico mundial se refiere, el papel del régimen saudí ha sido decisivo. La política seguida durante los años ochenta estuvo marcada por el intento de frenar la expansión de los fundamentalistas chiítas iraníes convertida en el satán de Occidente desde la revolución de Jomeini. Debido al prestigio alcanzado con el aumento de los precios del petróleo, Arabia Saudí se convirtió en el principal financiador de los movimientos islamistas a lo largo y ancho del mundo musulmán. Con ello pretendían, en el fondo, sustituir el modelo iraní de toma de poder con métodos revolucionarios por una estrategia de reislamización desde abajo del conjunto de la sociedad, y recuperar el papel que había perdido en la década de los años setenta (Escribano, 2001:38).

⁷ El wahhabismo hace alusión a una doctrina surgida a finales del siglo XVIII cuyo fundador fue Ibn Abd Wahhab, que predica la vuelta al islam y a la ortodoxia primitiva mediante la eliminación de prácticas paganas (lo que incluye culto a los profetas, los santos, bebidas alcohólicas, música, danzas o juegos) y la adopción del rigorismo moral a través de la Sunna. Se trata de un movimiento político caracterizado por un retorno al islam de los tiempos de Mahoma, es decir, por la aplicación de la ley coránica y el rechazo de todas las innovaciones (Escribano, 2001:20-21; Santoni 1994:64-65).

⁸ El chiísmo hace alusión a una agrupación minoritaria en el islam, partidaria de la sucesión del profeta Mahoma por su sobrino y yerno Alí.

⁹ Tal como lo señala Kepel: “El sistema saudí transnacional, a través de su red de proselitismo, ayudas y los flujos de inmigración de mano de obra que atraía, se inmiscuyó en las relaciones entre sociedad y Estado de

De tal forma, que lo que encontramos a nivel internacional conocido como la bipolaridad y contención EE UU-URSS, la encontramos reproducida a escala del mundo islámico con la rivalidad irano-saudí, en el ámbito político religioso.¹⁰ La década de los ochenta demostraría los esfuerzos por parte de ambos actores políticos en hacerse del apoyo de los noveles movimientos islamistas. Sin embargo, un aspecto resaltante de estas nuevas agrupaciones islamistas sería su pragmatismo en relación con sus financiadores. Con la excepción de Hezbollah –producto exclusivo del apoyo iraní–, la mayoría de estas organizaciones recibieron apoyo financiero de ambos actores, demostrando cierto margen de autonomía respecto a sus fuentes de financiamiento, llegando incluso a colocarse en contra de éstos, tal como lo demostraremos más adelante.

Iniciada la década de los ochenta, un conflicto bilateral entre dos actores estatales –Irán e Irak– pondrían en evidencia las pretensiones, tanto de Arabia Saudita como de algunos estados líder de Occidente –EEUU–, en debilitar al actor político iraní y con ello la amenaza del modelo político, fuente de inspiración para los principales movimientos islamistas en emergencia. Para ello, el apoyo económico militar dado al régimen de Irak, tanto por los saudíes como por los americanos, sería un elemento clave para el logro de tal cometido.

Casi de forma simultánea, se daba inicio a la invasión de Afganistán por tropas soviéticas en 1981, lo que fue interpretado, tanto por el régimen de Teherán como de Ryad como una amenaza, así como el espacio idóneo para librar la Yihad contra el invasor y la oportunidad para expandir su área de influencia en el ámbito político-religioso a la región de Asia central. Entonces comienza el desarrollo de una suerte de competencia por influir en las brigadas internacionales de muyahidin que comenzaban a llegar a Afganistán para librar la Yihad contra el enemigo comunista. Lo anterior evidencia la convergencia de intereses de estos dos actores y su incidencia en algunos conflictos que se dirimen al interior del mundo islámico apoyando a uno u otro sector. Tal como lo señala Rashid, refiriéndose al caso específico de Afganistán:

la mayor parte de los países musulmanes. Proporcionando recursos financieros a determinados individuos, les permitía aligerar sus relaciones de dependencia respecto a las élites nacionalistas en el poder. Sin embargo, durante los años setenta, estas élites consideraron una ganga los ingresos procedentes del petróleo porque suponían un alivio temporal por la explosión demográfica” (2001:104).

¹⁰ Tal como lo señala Kepel: “A partir de 1979 se trazaron dos estrategias opuestas de dominio del mundo islámico dinamizado por la revolución iraní. La primera, procedente de Teherán, intentaba sustituir la supremacía saudí por el magisterio de Jomeini. Se esforzó en hacer desaparecer su especificidad chiíta para ser mejor aceptada en el mundo musulmán en el que los sunitas representaban el 80 por 100, y en hacer mella prioritariamente en los jóvenes intelectuales islamistas pertenecientes a las franjas más radicales. La otra, a partir del centro saudí, movilizó al conjunto del sistema de propagación del islam construido alrededor de la Liga Islámica Mundial y de la Organización de la Conferencia Islámica a lo largo de la última década para contener el empuje jomeinista” (2001:175).

Aparentemente, tanto Irán como Arabia Saudita estaban del mismo lado en el conflicto afgano. Ambos países se oponían con firmeza a la invasión soviética de Afganistán, apoyaban a los muyahidín y respaldaban las medidas internacionales para aislar al régimen afgano y la Unión Soviética, pero apoyaban a facciones contrarias a los muyahidín, e Irán nunca cortó sus lazos diplomáticos con el régimen de Kabul. El apoyo saudí a los muyahidín concordaba con la estrategia norteamericana y paquistaní de aportar el grueso de los fondos y el armamento a los grupos pashtunes suníes más radicales y hacer caso omiso de los afganos chiítas. Los saudíes, por su parte, financiaban a los afganos que promocionaban el wahabbismo (2001:310).

De esta forma encontramos que los catalizadores de la política mundial representados en el modelo de confrontación Este-Oeste y sus implicaciones a escala global, lo encontramos también a escala del mundo islámico en la confrontación Ryad-Teherán en un intento por hacerse del control de los distintos espacios donde el islam penetrara.

LOS MOVIMIENTOS ISLAMISTAS EN LA POSGUERRA FRÍA

A nivel regional, el acontecimiento más relevante para cientos de organizaciones islamistas a nivel mundial lo constituye la Guerra del Golfo Pérsico en 1991, que fue interpretada por la mayoría de estas agrupaciones como un ataque de Occidente contra la sociedad musulmana, ante lo cual había que librar la Yihad y expulsar al enemigo.

Contrariamente a la postura ofrecida por la mayoría de los gobiernos de los países árabes alineados con Occidente, la población de estos países vio en tal conflicto una expresión de las pretensiones de Occidente en dominar el mundo islámico, incluidos los lugares sagrados del islam. Esto puso en evidencia varias cosas: en primer lugar, un divorcio pleno de la población de los países árabes, respecto de la posición asumida por sus gobernantes, lo que evidenciaba serios problemas de legitimidad para los gobiernos y, en segundo lugar, derivación de lo anterior, ponía en evidencia la ausencia de democracia en la mayoría de estas sociedades, tras la ola de acciones represivas en contra de la población civil que se manifestara contraria a los ataques. Ante esto, más represión en los distintos países islámicos, así como también un mayor resentimiento de la población hacia sus gobernantes y hacia Occidente.

Otros acontecimientos relevantes a nivel internacional que no podemos dejar de lado, lo constituyen también la caída del muro de Berlín (1989) y la desmembración de la Unión Soviética (1991). La sensación de que el mundo ya no

estaba dividido en dos bloques proporcionó a estos movimientos la posibilidad de extenderse y hacerse sentir en la escena doméstica y global.

Algunos actores que eran considerados como domésticos e irrelevantes bajo la hegemonía del Estado –centrismo entre los que se cuentan las organizaciones islamistas–, ahora pasan a protagonizar la nueva agenda de conflictos “no convencionales”¹¹ que tienden a caracterizar al mundo posbipolar y multicéntrico. Sin embargo, las acciones de las organizaciones islamistas variarán en función del contexto donde operen y las posibilidades de actuación en el marco institucional de los territorios donde operen.

De manera que:

- En los casos de las ex repúblicas soviéticas, el retraimiento del poder ruso fue un espacio idóneo para el florecimiento de la tradición islámica eclipsada por décadas de comunismo, así como para la expansión del radio de acción de los movimientos islamistas a nivel mundial. Sin embargo, las acciones de estas agrupaciones islámicas y su carácter violento o no, está condicionado por la situación política del espacio donde operan, así como por la permisibilidad o no que éstas tengan de incorporarse en el juego político. Así, tenemos que en casos donde el islam se aceptó como religión practicada por la población, éste no dejó de ser más que un florecimiento religioso y cultural, lo que mejor se conoce como el islam de cofradía; mientras que en los casos en los que el islam fue proscrito como práctica religiosa y paradigma político alternativo, éste adquirió su forma más virulenta, generando movimientos islámicos cuya estrategia de acción va más allá de las aspiraciones estrictamente religiosas, combinándose con aspiraciones políticas, como la autonomía e, incluso, la secesión, tal como lo evidencia el caso de los chechenos.
- En los casos en que la alternativa islámica se le permitió participar del juego político, ésta tendió a institucionalizarse e ingresar como cualquier otra fuerza política en el juego político, convirtiéndose en un posible factor democratizador de las sociedades islámicas. Esto se refleja en los casos de Turquía con el triunfo de Nekmetin Erbakan del partido islámico Refat en 1997 y el reciente triunfo del partido Fazilleh como mayoría parlamentaria; Jordania con la incorporación de los Hermanos Musulmanes en el Parlamento –aunque éste pudiera ser

¹¹ Por “conflicto no convencional” entendemos la situación de confrontación de dos o más fuerzas donde una de ellas no es fuerza regular de un Estado. Algunos autores prefieren usar la categoría de “conflicto asimétrico”, en el sentido de que implica la confrontación de fuerzas cualitativamente distintas, tanto en los medios empleados como en el estilo y las estrategias de acción. Para mayor detalle en torno a la transición en la tipología de conflicto, véanse Costa (2002) y Bishara (2001).

interpretado como un intento de su majestad hachemí en cooptar la fuerza sociopolítica representada en dicha organización—, así como el caso de Hezbollah en el caso libanés tras su conversión en fuerza política después de las elecciones de 1992 y 1996.¹²

- En casos donde los islamistas fueron proscritos como fuerza sociopolítica, sus acciones se tornaron más violentas, dando la espita para confrontaciones con el gobierno. Esto lo demuestran los Hermanos Musulmanes perseguidos por Mubarak en Egipto,¹³ así como por el Frente Islámico de Salvación (FIS) en Argelia, tras el golpe de Estado de 1992.
- En casos donde las fuerzas islamistas operan en territorios ocupados y donde la población se encuentra en condiciones de desplazado o refugiado, sus acciones tienden a tornarse violenta frente a la autoridad, así como frente a los ocupantes. Esta actitud la reflejan agrupaciones como Hamas y Yihad islámica en los territorios palestinos al oponerse a la autoridad Yaser Arafat y al ocupante Estado hebreo (Mejías, 2002).
- Por último, en casos donde la población musulmana se encuentra en condición de minoría étnica religiosa, sus acciones tienden a concentrarse en la obtención de derechos civiles y religiosos; de no obtenerlo, la opción de la resistencia armada y la autonomía e, incluso, la secesión están a las puertas. Esto lo reflejan los bosnios en el caso yugoslavo y los musulmanes filipinos en Mindanao.

RASGOS CARACTERÍSTICOS GENERALES DE LOS MOVIMIENTOS ISLAMISTAS CONTEMPORÁNEOS

Delinear los elementos característicos de los movimientos islamistas en la actualidad, entraña un doble riesgo. De un lado, caer en una perspectiva de análisis profundamente descriptiva de cada una de las organizaciones que integran nuestra categoría de análisis, que si bien nos da una profusión enorme de datos sobre éstas, posiblemente quede en un estudio aislado de cada organización, sin la posibilidad de establecer similitudes y perspectivas comparadas entre organizaciones. Del otro

¹² Para una exhaustiva aproximación en torno a la conversión de Hezbollah en fuerza política en suelo libanés, véase Zabib (1998).

¹³ Para autores como Gómez García (1998), la estrategia de los Hermanos Musulmanes tras la ola de represión a la que se han visto sometidos, ha consistido en reagruparse a través de nuevas alianzas con otras fuerzas políticas como el Partido del Trabajo en Egipto y la profundización en sus acciones sociales, abandonadas por el Estado.

lado, tenemos la excesiva generalización, con la que se pudiera tener una visión global de tales organizaciones, sin respeto a las especificidades de cada una de éstas.

En un intento por resolver esta disyuntiva, intentaremos delinear algunos rasgos comunes a las diversas organizaciones islamistas que operan en el mundo, no sin dejar de reconocer la especificidad de cada una de las organizaciones que integran nuestra categoría de análisis. Dentro de los aspectos más resaltantes de los movimientos islamistas encontramos:

En primer lugar, el *consenso de las organizaciones islamistas en torno a conceptos como la Ummah y la Yihad*. Al entender de estas organizaciones, la Ummah o La Comunidad de los Fieles, o lo que algunos llaman la Nación Islámica, se presenta como utopía en el imaginario de estas organizaciones, así como también representa un elemento aglutinador y cohesionador de una heterogeneidad de organizaciones.¹⁴ La Yihad o Guerra Santa, por su parte, se presenta como un estado natural de cualquier musulmán en el mundo, ya sea de quienes perciben la Yihad como un Estado de lucha interna del bien y el mal, o una exteriorización de esta situación de tensión, que se expresa en ciertos conflictos en el mundo.

En segundo lugar, *las lógicas de acción de estas organizaciones son heterogéneas*; así, nos encontramos desde organizaciones islamistas con fines estrictamente religiosos en territorios donde el islam ha sido proscrito como práctica religiosa y como estilo de vida; agrupaciones islamistas cuyas aspiraciones consisten en poner fin al colonialismo en territorios donde éstas operan; organizaciones que pretenden incorporarse en las estructuras de poder sin desconocimiento del Estado; organizaciones que ven en el Estado-nación un obstáculo para el pleno desarrollo del islam y optan por su desconocimiento, presentando una visión transnacionalizada del islam y, por último, agrupaciones cuyas aspiraciones se limitan a la obtención de autonomía y, en casos más extremos, a la secesión.

En tercer lugar, cuentan con una *base social de apoyo amplia*, que va desde el apoyo dado por sectores poblacionales marginados, tanto en los territorios donde el islam es la religión mayoritaria como en contextos donde los musulmanes fungen

¹⁴ Tal como lo señala Eric Lair: “A pesar de sus múltiples divergencias, los grupos islamistas se cohesionan alrededor de la defensa de la comunidad de creyentes (Ummah) que, para retomar la estrategia discursiva de sus actores, parece amenazada. La Ummah es una comunidad imaginada, casi mítica, como si los musulmanes de todas las nacionalidades formasen una entidad unida, libre de tensiones. Luchar por la Ummah es una manera de darle un referente identitario y un imaginario colectivo de alcance transnacional (desterritorializado) a la lucha armada” (2002:43).

de minorías –generalmente radicados en zonas periféricas de las grandes urbes– que ven en las organizaciones islamistas la expresión de solidaridad tras el retiro del Estado de sus funciones y competencias en lo económico-social, pasando por sectores medios y profesionales de las sociedades musulmanas.

En cuarto lugar, encontramos *la heterogeneidad en cuanto a estructuras y recursos*. Si bien algunos autores han presentado a los movimientos islamistas como una red global con un centro de acción, otros hablan más bien de un modelo celular de múltiples centros donde cada una de estas células tiene su propia estructura y es relativamente autónoma respecto de otras. En lo que refiere a sus fuentes de financiamiento, debemos señalar que éstas son diversas, pues van desde la autogestión a través de actividades económicas (lícitas o ilícitas) desempeñadas por miembros de estas organizaciones en los territorios donde operan, hasta llegar al financiamiento oficial por parte de algunos estados que pretenden liderar el mundo islámico, tal como lo fue el caso saudí e iraní en la década de los setenta y ochenta, respectivamente. Sin embargo, el apoyo dado por diversos estados a estas organizaciones no significa necesariamente que estas organizaciones sean cooptadas por completo por los estados patrocinantes, en algunos casos, incluso, estas organizaciones se desmarcan de sus financiadores y se vuelven contra éstos.¹⁵

En quinto lugar, encontramos *la diversidad en sus estrategias de acción*. Tal como lo señalamos más arriba, las estrategias de actuación de organizaciones islamistas están condicionadas por el espacio donde éstas operen y la permisibilidad o no que éstas tengan. De esta forma, nos encontramos con organizaciones islamistas que operan en la clandestinidad catalogadas de terroristas y proscritas como organizaciones políticas, cuyas acciones tienden a ser violentas, pasando por aquellas agrupaciones que logran insertarse en condición de agrupaciones políticas que se juegan el liderazgo con otras organizaciones, hasta llegar a aquellas organizaciones que haciéndose del poder por vías institucionales, o de fuerzas, logran liderar procesos políticos de corte islámico.

¹⁵ Expresión de esta autonomía de las organizaciones islamistas respecto a sus financiadores se evidencia en la postura de apoyo de algunas organizaciones islamistas a Saddam Hussein durante la Guerra del Golfo Pérsico en oposición a la postura sostenida por Ryad, que era hostil al régimen de Bagdad. Tal como señala Rashid, refiriéndose a los islamistas afganos: “(...) Cuando Ryad pidió a esos grupos islámicos que pagaran su deuda y prestaran apoyo a Arabia Saudí y la coalición encabezada por Estados Unidos contra Irak, la mayoría de ellos, (...), apoyaron a Saddam Hussein. Años de esfuerzo por parte de los saudíes y miles de millones de dólares se desperdiciaron porque Arabia Saudí no había conseguido desarrollar una política exterior basada en el interés nacional”, y más adelante, “La élite ha promovido el wahabbismo radical, aunque éste socavaba su poder tanto en el interior como en el extranjero. Resulta irónico que sólo los grupos afganos moderados, a los que los saudíes habían hecho caso omiso, ayudaran al reino a la hora de su necesidad” (2001:312-313).

En sexto lugar, encontramos los distintos niveles de acción en que operan las agrupaciones islamistas. Éstas van desde los niveles locales –tal como se expresa en las acciones de agrupaciones como Hamas y la Yihad islámica en los territorios ocupados palestinos–, regionales –tal como se expresa con los talibán–, hasta llegar a niveles transnacionales –tal como lo reflejan las recientes acciones de Al Qaeda el 11 de septiembre.¹⁶

En séptimo lugar, tenemos *la existencia de un centro de liderazgo difuso*. Si bien Arabia Saudí pretendió erigirse como centro hegemónico del mundo islámico, a través de la instrumentalización de la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) a mediados de los ochenta, así como también través del apoyo económico dado a las organizaciones islamistas, garantía de la exportación del wahhabismo sunní, ésta nunca llegó a tener un control pleno de estas organizaciones. En el caso iraní, si bien el régimen de Teherán intentó solapar su especificidad chiíta, a través de la proyección de un modelo político de corte islámico, ésta nunca llegó a tener éxito más allá de sus propias fronteras y del experimento del Hezbollah libanés.

En octavo lugar, tenemos unos *patrones de institucionalización difusos*. Si bien algunas organizaciones islamistas han logrado convertirse en agrupaciones políticas y sociales consolidadas, la mayoría de estas agrupaciones han operado en la clandestinidad y el conocimiento de sus estructuras sólo es posible entenderlo desde dentro de las organizaciones.

En noveno lugar, encontramos unas *formas de colaboración en las organizaciones islamistas de tipo temporal*. A diferencia de los estados en su tendencia a constituir alianzas formales, las organizaciones islamistas tienden a constituir entre ellas (y con otros actores), coaliciones temporales, mientras éstas sean necesarias; de allí la dificultad en conocer la estructura de las organizaciones islamistas.

Por último, encontramos unos patrones de interacción entre estas agrupaciones de tipo asimétricos. Si bien las relaciones entre estados desde el punto de vista del derecho son formalmente iguales –simétricos–, para estas organizaciones con otras pares ni son iguales entre éstas, ni entre éstas y los estados, ofreciendo un patrón de interacción asimétrico.

¹⁶ Tal como lo refleja Eric Lair: “El islamismo (...) actual se singulariza por la heterogeneidad de sus estructuras, medios y objetivos. Se sitúa entre lo local, lo (inter) nacional y lo transnacional. En este último caso, presenta una fuerte dimensión desterritorializada y una gran tendencia a diseminarse fuera de sus áreas de implantación tradicional arriba mencionadas, para ofrecer un panorama (...) particularmente difuso” (2002:42).

Cuadro 1
Organizaciones islamistas. Rasgos fundamentales

Consensos en las organizaciones islamistas	Consenso en torno a la Ummah y la Yihad
Lógica de acción	Diversas: van desde fines estrictamente religiosos, pasando por aquellas que desean incorporarse como fuerza política en la estructura política del espacio donde operan, las que desconocen al Estado como ámbito identitario e, incluso, aquellas movidas por los deseos de una secesión
Base social de apoyo	Amplia: lo que incluye desde sectores marginados, pasando por sectores medios y profesionales
Estructuras y recursos	Estructuras: desde el modelo red hasta el modelo celular policéntrico. Recursos: diversos, van desde la autogestión hasta el financiamiento por parte de algunos estados
Estrategias de acción	Diversas: van desde acciones en la clandestinidad, generalmente violentas, pasando por actividades oficiales como partidos políticos, en donde le es permitido operar, hasta aquellas organizaciones que logran hacerse del poder y liderar proyectos políticos.
Niveles de acción	Combina distintos niveles: locales, regionales y transnacionales
Centro de liderazgo	Difuso
Patrones de institucionalización	Difuso
Formas de colaboración entre organizaciones islamistas y otros actores	Coaliciones temporales
Patrones de interacción entre organizaciones islamistas y otros actores	Asimétrico

PERSPECTIVAS DE LOS MOVIMIENTOS ISLAMISTAS EN LA ESCENA GLOBAL

Los movimientos islamistas constituyen y, al parecer, seguirán constituyéndose como actores de relevancia, tanto para el mundo islámico –como forma de organización social y política– como para el resto del mundo, incluido Occidente. Dentro de las posibles razones para que este supuesto sea considerado como válido, encontramos:

- En la medida en que los procesos de modernización, occidentalización y globalización en su versión actual, intenten separar a los pobladores de sus identidades y de sus redes sociales, el islam como proyecto político y social siempre estará a las puertas como alternativa. Así, en la medida en que mayores sean las tendencias homogeneizantes a nivel global (tendencia centrípeta), tendremos

también una dinámica, como contraparte, tendente a acentuar diferencias y las especificidades (tendencia centrífuga) de cada sociedad. De esta forma se confirma la tesis sostenida por James Rosenau según la cual: “Mientras más generalizadas se vuelvan las tendencias globalizadoras, menos resistentes serán las reacciones localistas a una globalización más amplia” (1995:42).

- En la medida en que los sistemas políticos del mundo islámico no logren ser más inclusivos política, económica y socialmente, la alternativa de emergencia de movimientos islamistas –con proyectos paralelos a los regímenes existentes, encarnando una fuerza renovadora que represente, según estas organizaciones, el verdadero sentido del islam–, se mantiene vigente.
- Mientras que la realidad del Estado-nación no sea más que una mera ficción en el mundo islámico, la alternativa religiosa se mantendrá latente como sustituto identitario, potenciando la emergencia de fuerzas islamistas, cuyas acciones debiliten aún más al Estado-nación, proyectando una dimensión transnacionalizada del islam.
- En la medida en que el islam sea proscrito como práctica religiosa y como paradigma político, la vertiente radical y violenta de organizaciones islamistas (en la clandestinidad) están a las puertas, potenciando las visiones simplistas que tienden a asociar al islam con violencia y terrorismo.
- Mientras que las instituciones estatales donde reside población musulmana, cierre los espacios a la participación política de grupos islamistas como una fuerza política y social más dentro del juego político, o en reconocimiento de derechos civiles y religiosos de grupos minoritarios, la opción de organizaciones islamistas como alternativa se mantiene latente, amenazando con la violencia e, incluso, la secesión.
- Mientras Occidente prolongue la vía armada como mecanismo predilecto para la erradicación de amenazas y conflictos en las áreas geográficas del islam, nuevas agrupaciones islamistas surgirán para hacer frente bien sea a Occidente o a los regímenes antidemocráticos del mundo islámico que lo apoyen.

RETOS DE LAS ORGANIZACIONES ISLAMISTAS COMO ACTORES SOCIOPOLÍTICOS

Si bien las organizaciones islamistas se perfilan como actores de relevancia en la escena global, internamente deben afrontar una serie de retos, no menos

importantes. De la forma en que estas organizaciones logren encarar tales retos dependerá la prolongación en el tiempo de dichas organizaciones y la validez de sus planteamientos como proyectos societales alternativos. Entre los principales retos para las organizaciones islamistas caben destacar:

En primer lugar, deben lograr resolver el problema que algunos ven entre el *islam y democracia*. Si bien algunas organizaciones islamistas han intentado ingresar en algunos países como fuerzas sociopolíticas regulares, reconociendo el marco institucional existente y convirtiéndose en posibles factores para la democratización de sus sociedades, no es menos cierto que también han puesto de relieve, en algunos casos, los intereses verdaderos de Occidente sobre la funcionalidad de regímenes democráticos en algunos territorios del islam. Los casos de Argelia en 1992 con el triunfo del FIS, Turquía en 1997 con el triunfo de Refah y las pretensiones de los Hermanos Musulmanes en Egipto, han puesto de relieve la conducta omisiva de Occidente frente a la represión a la que se ven sometidas algunas organizaciones islamistas, así como a la población en general, quienes demandan una mayor democratización en sus sociedades. Tampoco es menos cierto que algunas organizaciones islamistas que han logrado hacerse del poder, una vez instaladas en el mismo, lo que han hecho es reproducir e, incluso ampliar, regímenes represivos, lo que ha puesto en entredicho el carácter democrático de algunas organizaciones. Los casos de Afganistán, tras el arribo de los talibán es emblemático.¹⁷

Un segundo reto, no menos importante para las organizaciones islamistas, es el de *lograr convertirse en fuerzas sociopolíticas multclasistas y multiconfesionales*. Una de las condiciones para la democratización de las sociedades islámicas es la de convertirse en sociedades que incorporen a toda la población no sólo a un sector. En este sentido, las organizaciones islamistas tiene el reto de lograr aglutinar a distintos sectores de las sociedades donde operan, indistintamente de la confesión religiosa o posición social, como mecanismo de integración y no de disgregación. El caso libanés ha puesto de relieve que regímenes confesionales y excluyentes producen intolerancia política y religiosa y tienden a amenazar con la división y la desaparición del Estado. Si las organizaciones islamistas pretenden convertirse en fuerzas democratizadoras de las sociedades islámicas, tienen el reto de asumir

¹⁷ Resulta paradójica la conducta omisiva de Occidente, frente al arribo de los talibán en Afganistán en 1996. Fue sólo hasta 1998, momentos en que los talibán niegan la concesión de un oleoducto que atraviese su territorio y logre sacar los recursos petroleros y gasíferos de Asia central a través de Paquistán, y tras los ataques en las embajadas de Estados Unidos de Kenya y Tanzania, que Occidente hizo énfasis en el carácter antidemocrático de este régimen. Fue sólo hasta el 11 de septiembre de 2001 que se mantuvo tal silencio tras los ataques a Estados Unidos. Para mayor detalle sobre Estados Unidos y su papel en Afganistán, véase Rashid (2001).

programas políticos más inclusivos política, económica, social y culturalmente. De no ser así, la violencia y la amenaza de desintegración de algunas entidades estatales están a las puertas, presentando un panorama realmente violento en algunos territorios del mundo islámico.

Un tercer reto no menos importante para las organizaciones islamistas es el de lograr resolver el relacionado con *los derechos de las minorías*. Si bien muchos musulmanes ocupan ciertos territorios del mundo en condición de minorías, muchas de ellas perseguidas y segregadas por su condición religiosa –tal como se evidencia en algunas regiones como las ex repúblicas soviéticas, los Balcanes y Asia central–, tampoco es menos cierto que en algunos territorios de población mayoritariamente musulmana se repite la misma situación de segregación con minorías de otras confesiones religiosas. Al respecto es expresiva la situación de algunos pobladores al norte de África, donde la lucha entre cristianos y musulmanes en Sudán y Nigeria es un caso emblemático. Las organizaciones islamistas tienen ante sí el reto de lograr resolver el asunto de grupos minoritarios en los territorios del islam, y mucho más en sociedades donde habitan pobladores de distintos grupos étnicos o confesionales. De no lograrlo, la situaciones de persecución a la que se vieron sometidos muchos musulmanes se repetirán pero a la inversa, y situaciones como la de intolerancia religiosa que observamos en territorios como la India se repetirían en vastas regiones del planeta.

Si bien para algunos analistas el siglo XX estuvo representado por un modelo confrontacional ideológico entre capitalismo y socialismo, para otros el siglo XXI estaría representado por el arribo de los verdes (musulmanes) en vastas extensiones del mundo. Al parecer, este segundo supuesto es cierto. La desintegración de la Unión Soviética abrió la posibilidad de expansión del islam a dichos territorios, así como también una avanzada a otros contextos. Con ello, el temor de algunos se vio potenciado por considerar al islam como una amenaza y una suerte de nueva versión de las cruzadas medievales, e incluso algunos llegaron a hablar de un “choque de civilizaciones”. Las organizaciones que propugnan al islam como proyecto sociopolítico alternativo tienen ante sí y ante sus seguidores, la responsabilidad de proyectar una visión del islam como un proyecto con posibilidad de transformar estructuras societales, compatible con la democracia y la participación, tolerante e incluso compatible con Occidente (Espósito, 2003). De ello depende, en gran medida, las posibilidades de una mayor democratización o no en las sociedades musulmanas, el cese de conflictos étnicos confesionales e, incluso, las garantías de una mayor seguridad internacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DEL ARENAL, C. (1994). *Introducción a las relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.

DOUGHERTY, J. (1990). *Teorías en pugna de las relaciones internacionales*. Argentina: Grupo Editorial Latinoamericano.

ESCRIBANO, L. (2001). *El fundamentalismo islámico*. Madrid: Acento Editorial.

HUNTINGTON, S. (1997). *EL choque de las civilizaciones*. Barcelona: Paidós.

KEPEL, G. (2001). *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. España: Península.

MEJÍAS, C. (2002). *La geopolítica del Medio Oriente en el período de la Posguerra Fría (1989-2001)*. Caracas: UCV.

MUHAJERÍ, M. (1984). *La revolución islámica, futuro sendero de los pueblos*. Argentina: Delegación Cultural del Ministerio de Irshad Islámico de la República Islámica de Irán.

RASHID, A. (2001). *Los Talibán. El islam, el petróleo y el gran juego en Asia central*. Madrid: Península.

ROSENAU, J. y Durfe M. (s/f). "El postinternacionalismo en un mundo turbulento", mimeo.

SANTONI, E. (1994). *El islam*. Madrid: Acento.

ZABIB, O. (1998). *Hezbollah: elemento institucional libanés y/o iraní*. Mérida: ULA-Cepsal.

Revistas especializadas

BISHARA, M. (2001). "L' ére des conflicts asymétriques". *Maniere de Voir*, 60:28-31.

HUNTINGTON, S. (1993). "La reestructuración del sistema internacional: ¿El choque de civilizaciones?". *Perspectiva Mundial*, 9:5-23.

CÉSAR MEJÍAS

JAGUARIBE, H. (2002). "Terrorismo e islam". *Nueva Sociedad*, 177:123-131.

KAHHAD, F. (2002). "¿Quién teme al islam?". *Nueva Sociedad*, 177:36-39.

KRISTIANASEN, W. (2000). "Ces Fre' res musulmans. Saissis por la modernité". *Maniere de Voir*, 54:73-76.

LAIR, E. (2002). "El islamismo armado en la Posguerra Fría". *Nueva Sociedad*, 177:40-44.

MANSILLA, H.F. (2000). "Nacionalismo y fundamentalismo como reacciones ante la modernidad occidental". *Politeia*, 24:161-172.

ROSENAU, J. (1995). "Globalizador/localizante. Las nuevas dimensiones de la seguridad". *Diálogo y Seguridad*, 2:21-52.

TSCHIRGI, D. (2001). "Du Mexique a l'Egypte, la révolte des marginaux". *Maniere de Voir*, 60:59-63.

Artículos de internet

COSTA, D. (2002). Visualizações da guerra assimétrica. <http://www.militar.com.br/artigos/artigos2002/engdarccosta/guerraassimetrica-htm.>

ESPÓSITO, J. (2003). Political islam: beyond the green menace. (<http://www.arches.uga.edu/~godlas/espo.html>).

GÓMEZ G., L. (1998). La Tercera Vía del islamismo egipcio. (<http://www.uam.es/departamentos/filoyletras/earabes/alharaca/primavera2000/alharaca1.html>).

SAMIR, N. (2003). Del nacionalismo árabe al islamismo. (<http://www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/Anuarios/nair.html>).

SARAFIAN, Gregory (2001). El extremismo islámico en las ex repúblicas soviéticas. (<http://www-cgsc.army.mil/milrev/spanish/JulAug01/sarafin.a>).